

Las Agendas 21 y la evolución de los procesos de participación social Sostenibilidad ¿para qué y para quién?

En aquest article es planteja el temà de la sostenibilitat des d'una visió global i des de la necessitat de la participació social com a element fonamental. Tot això en un quadre negatiu degut a les fortes tendències a la insostenibilitat social existents en el marc del creixement econòmic actual i les organitzacions de la societat, moltes de les quals apareixen obsoletes respecte les noves necessitats. El perill de dicotomització social, evident avui, podria perjudicar perspectives com les indicades a l'Agenda 21. Els processos comunitaris participatius apareixen com una de les dimensions necessàries per avançar en aquesta línia.

* * *

En este artículo se plantea el tema de la sostenibilidad desde una visión global y desde la necesidad de la participación social como elemento fundamental. Todo ello en un cuadro negativo debido a las fuertes tendencias a la insostenibilidad social existentes en el marco del crecimiento económico actual y las organizaciones de la sociedad, muchas de las cuales aparecen obsoletas respecto a las nuevas necesidades. El peligro de dicotomización social, evidente hoy, podría perjudicar perspectivas como las indicadas en la Agenda 21. Los procesos comunitarios participativos aparecen como una de las dimensiones necesarias para avanzar en esa línea.

* * *

Sustainability is discussed from a global viewpoint, highlighting the fundamental need for the participation of society. All this must be seen in the negative context of the strong tendencies towards social unsustainability caused by current economic growth patterns and society's organisations, many of which are obsolete with respect to today's needs. The danger of social dichotomisation, obvious today, could hinder prospects such as those given in Agenda 21. Participatory community processes appear to be one of the necessary elements in order to progress in this direction.

Las Agendas 21 y la evolución de los procesos de participación social

Sostenibilidad ¿para qué y para quién?

Marco Marchioni

Presidente de la Asociación de Planes y Proyectos Comunitarios

Quiero ir directamente al grano de la cuestión que plantearé en las páginas siguientes. En los últimos años, afortunadamente, ha crecido la atención para con una serie de temas que afectan a la calidad de vida, a la sensibilidad de los sectores ilustrados de la sociedad y también, más en general, a la opinión pública. En todos estos temas hay también, evidentemente, un algo que podríamos definir como de moda, de estar a *la page* y de no quedar atrás en el seguimiento de tendencias, ideas, actitudes y comportamientos que en gran parte hemos derivado de otras realidades en las que se han ido gestando y formando.

A pesar de todo, estos temas, actitudes o comportamientos representan pasos adelante e indican caminos que habría que seguir, aunque muchas veces se queden, por una multiplicidad de motivos, en la superficie, y no lleguen a producir cambios estructurales y profundos como sus finalidades requerirían.

Sin embargo, el gran tema en el que yo personalmente verifico continua y constantemente -por mi experiencia de trabajo diario- que los avances son muy escasos y más bien constato una casi total pasividad por parte de los mismos sectores y fuerzas sociales que plantean todo lo anterior; el tema que sigue sin ser realmente resuelto porque ni siquiera se ha enfrentado con seriedad, con medios y con una voluntad real de solución, es la sostenibilidad social. Nos estamos preocupando por la sostenibilidad ambiental, pero no hacemos realmente nada -sino parches muy poco parcheadores- por la que podríamos llamar sostenibilidad social, es decir, la construcción de una sociedad que sea realmente sostenible para la mayoría de los seres humanos que la componen y que dé a todo el mundo la posibilidad de participar en paridad de condiciones en ella. Incluso y desde una postura totalmente contraria al pensamiento políticamente correcto dominante hoy, correré el riesgo de afirmar "una sociedad que diera realmente a todo el mundo la misma posibilidad de competir", asumiendo la competencia y la competitividad -elementos claves de la economía de mercado y del neoliberalismo- como medida e indicador de los valores de una sociedad inmersa en la Aldea Global.

El hecho es que vivimos y estamos construyendo una sociedad en gran medida no sostenible para una gran masa de personas y, por ende, en el

fondo, una sociedad nada sostenible para todo el mundo; ya que un elemento fundamental de la sostenibilidad es su globalidad. Algo es sostenible en su conjunto o no lo es. La sostenibilidad abarca e incluye el concepto de interrelación, comunicabilidad y superación de compartimentos estancos.

Así que si queremos -y lo queremos- construir una realidad económica y ecológicamente sostenible, tendremos que construir a la vez una sociedad socialmente sostenible.

En mi opinión, como decía, no parece que esto esté ocurriendo ni hay visos de que pueda ocurrir en un tiempo próximo, ya que no se vislumbra en el horizonte ni una sintomatología clara, ni voluntad política, ni tanto menos recursos para ello. Así que podríamos correr el riesgo de contribuir -llevando adelante con fuerza nuestro *engagement* para la sostenibilidad- a aumentar la dicotomización social en acto (o, como dice Manuel Castells, la bipolarización); es decir, una profunda y acentuada división social de la sociedad actual aunque, esto sí, no en los términos preconizados por Marx en la época de la Revolución Industrial, sino más bien en unos términos nuevos que aun no hemos analizado a fondo. No hemos sustituido el obsoleto término de clase -en particular el de clase obrera- con ningún otro que nos permita comprender qué es lo que está pasando.

Personalmente, considero que más que sociedad de "dos o tres tercios" o de "excluidos", etc. habría que hablar de una sociedad gremializada o corporativizada, síntomas ambos de una nunca anteriormente tan extendida fragmentación social. Esta dicotomización en acto podría ser analizada también en términos freudianos como una cierta esquizofrenia social; unos sectores sociales que avanzan hacia horizontes modernos, "progresistas" y políticamente correctos olvidándose y desconociendo otros sectores sociales -ni marginales, ni de reducida extensión- abandonados a otro mundo de subdesarrollo, ignorancia y, sobre todo, dependencia.

La insostenibilidad social de la situación que vivimos viene marcada por una multitud de hechos, datos y situaciones. Me limitaré a señalar sólo algunos de ellos, para mí mayormente indicadores, casi emblemáticos, de esta situación, y de elementos negativos que van a hacer muy complicada y/o imposible la perspectiva de una auténtica sociedad sostenible del siglo XXI. Estos son:

- la crisis estructural y permanente del sistema educativo
- la creciente precariedad de las relaciones laborales
- la concentración de masas urbanas precarias en zonas geográfica y urbanísticamente definidas, léase neo/ghetos
- el desafío de la integración de personas procedentes de otros mundos como de la población mayor autóctona.

Todos ellos sin entrar en un análisis de las contradicciones planetarias de la Aldea Global, como demuestra la misma acción bélica de estos días en Afganistán y la inmensa locura del terrorismo, tanto autóctono como *islámico*.

Vivimos en una sociedad que asume como un hecho fisiológico y no patológico la permanente y aparentemente inarrestable crisis del sistema educativo. El hecho de que "fracase" una media del 30% del alumnado (con puntas del 50% en determinadas zonas) no parece inquietar a nadie: ni a los gobernantes ni a la ciudadanía.

Las causas, también conocidas, del fracaso estructural del sistema educativo no son motivo real de remedio. Al final todo parece ser "culpa" de los niños y niñas que fracasan y "responsabilidad" de los padres.

La dicotomización social empieza en la escuela y seguirá profundizándose en todas las demás áreas sociales que los "fracasados" vayan tocando, pasando de fracaso en fracaso.

Pero no es sólo un tema de la política educativa. Todas las políticas sociales son, en realidad, puras políticas asistenciales; sólo intervienen en las consecuencias, nunca en las causas; tampoco son preventivas más allá de las declaraciones. En estos días un ejemplo macro de todo ello es lo que está ocurriendo con la Ley del Menor, en la que verificamos intenciones y finalidades que podemos definir como avanzadas, y a las que no se corresponden ni medios, ni estructuras organizativas, ni preparación adecuada por parte de quienes tendrían que aplicarla. Lo mismo ha ocurrido con otras leyes teóricamente progresistas como la Ley de Servicios Sociales y la Ley de Reforma Sanitaria.

Al mismo tiempo, para todas estas cuestiones que podemos definir genéricamente "sociales", la ciudadanía se moviliza exclusivamente para rechazar la apertura de centros y estructuras asistenciales para cualquier grupo o colectivo marginal o necesitado: lo mismo da que se trate de droga, de SIDA, de centros para menores, etc. A la cabeza de estas manifestaciones siempre está la asociación de vecinos del lugar como clara demostración del brutal cambio que se ha producido.

Volviendo al tema inicial, la crisis del sistema educativo produce una serie de consecuencias sociales cada vez más graves, tanto para los directamente interesados como para la sociedad en general, con un alto costo económico y social que parcheamos con programas e iniciativas puntuales.

Aquí tenemos una de las principales y primarias causas de insostenibilidad social, no sólo para el momento actual, sino para el futuro.

Muy complementario y vinculado con lo anterior aparece el panorama del trabajo y, más propiamente, de las relaciones laborales. Aquí hay otro elemen-

to, incluso léxico, de confusión y las raíces de una profunda insostenibilidad social: la precariedad creciente y futura de las relaciones laborales y del trabajo.

El gobierno, y no sólo él, habla de *sociedad del pleno empleo*, confundiendo empleo con trabajo. La perspectiva de que haya trabajo para todo el mundo es una perspectiva realista en nuestras sociedades cada vez más envejecidas. Esto se comprueba fácilmente por el hecho de que seguiremos importando *mano de obra* de países extracomunitarios a los que seguiremos explotando (según un estudio actual, Italia necesita 300.000 personas inmigradas al año para mantener sus actuales índices demográficos). El problema real no será, por tanto, el trabajo, sino la calidad del mismo y de las relaciones laborales, es decir del empleo¹.

¿Hace falta recordar que España es el país de la Unión Europea con mayor número de accidentes laborales mortales para afirmar que la sostenibilidad social no se puede garantizar en una situación de plena ocupación basada en la explotación, en la precariedad y en la falta de garantías de futuro para un enorme número de prestadores de obra?

El tan decantado crecimiento económico de grandes zonas de España (nos referimos a Murcia, a parte de Andalucía, del País Valenciá y de la misma Catalunya) se basan no sólo en la explotación sin límites de los limitados recursos naturales y en particular hídricos —y si no véase *la batalla del Ebro*, sino en la explotación también sin límites de una mano de obra de este tipo, como el ejemplo no único de El Ejido (la punta del iceberg) demuestra.

La extrema debilidad de los sindicatos, que aparecen incapaces de salir del modelo sindical de la época anterior —basado en la fábrica y en la estabilidad en el empleo— y de reorganizarse a la luz de lo que está pasando —y que seguirá pasando en los próximos años porque este es el modelo que el capital ha escogido para su desarrollo, sin el cual no podría mantener los actuales índices de beneficio— es un síntoma claro de insostenibilidad social aunque no lo sea en términos económicos. En este contexto de cambio brutal de las relaciones laborales, es muy difícil mantener la agregación de los trabajadores, a través de la negociación colectiva, ya que la negociación tiende a individualizarse

¹ "... en cambio, lo que sí hay son impactos muy importantes sobre el tipo de relaciones laborales derivados de este nuevo modelo que está difundido a nivel mundial. Es, sobre todo, la flexibilidad estructuralmente determinada de la fuerza de trabajo y de la relación trabajador-empresa ...

La Revolución Industrial consistió en sacar campesinos de sus campos y artesanos de sus talleres e hacer de ellos trabajadores asalariados en la gran empresa ... Incluso hay una vieja frase marxista que dice: «El capitalismo organiza a la clase obrera»... En estos momentos el capitalismo desorganiza a la clase trabajadora. Es decir, es el proceso inverso desde el punto de vista estructural...» (Manuel Castells: "Globalización, tecnología, trabajo, empleo y empresa" en *La Faccoria*, n° 2, febrero de 1997).

cada vez más y muchos trabajadores tienden a hacerse autónomos y a establecer relaciones directas e individuales con las empresas.

La insostenibilidad social tiende inevitablemente a concentrarse en espacios físicos determinados respondiendo a la lógica del sistema capitalista, en el cual el espacio tiene un valor de uso y donde, por lo tanto, el medio no es neutral. Hay espacio y espacio. Espacio para los sectores económicamente poderosos y espacios para sectores económicamente débiles y precarios. Lamento tener que recordar aquí cosas tan banales y pido disculpas por ello al lector. Sin embargo parece necesario, visto que tendemos a olvidar estas banalidades cuando asistimos continuamente, por ejemplo, al hecho de que todavía hoy ilustres arquitectos firman proyectos –algunos hasta reciben premios– creando auténticos guetos para familias procedentes de chabolas y dando vida así al ya tristemente conocido fenómeno del *chabolismo vertical*, después de cientos de experiencias terriblemente negativas en diferentes zonas de España. A título de ejemplo sólo recordaré La Palmilla en Málaga, La Mina en San Adrià del Besós, El Ruedo en el Distrito de Moratalaz en Madrid, las Tres Mil Viviendas en Sevilla o las Seiscientastrece en Burjasot.

Es decir, seguimos practicando políticas de concentración de los sectores sociales más débiles y necesitados, concentrando así toda una serie de *patologías sociales*, cuando todo el mundo sabe que habría que practicar políticas de dispersión si quisiéramos la integración de esta población. ¡Es mucho más cómodo y fácil concentrar!

Hablamos y reivindicamos el pluralismo social como un elemento fundamental de progreso, pero este pluralismo tienen límites espaciales, sociales y económicos, y de hecho estamos reforzando los procesos de dicotomización social y, por lo tanto, el potencial elemento de futuras –ya presentes– insostenibilidades.

Una sociedad que se está construyendo con tantos elementos, por lo menos contradictorios, como los que hemos estado introduciendo ¿podrá a corto plazo ser realmente una sociedad integradora de las diferentes diversidades existentes, desde las personas procedentes de otros mundos a nuestros “propios mayores”, que van a representar en poco tiempos un porcentaje importante y creciente de la población? A esta población no creo que la podamos encerrar, como se ha hecho hasta ahora, en “guetos” como los hogares del pensionista, sino que habrá que incorporarla a los procesos de cambio.

Personalmente, creo que *integración* significa poner en marcha procesos dialécticos cuyo resultado no conocemos y que implicarán cambios profundos no sólo en las personas que queremos integrar, sino en nosotros mismos. No parece que las cosas vayan por ahí, más bien todo lo contrario. La no integra-

ción significa en lo sustancial crear un caldo de cultivo para conflictos sociales y negativos permanentes: es decir, elementos permanentes de insostenibilidad.

Todos estos elementos que podemos considerar como contradictorios del actual modelo dominante de crecimiento económico de la sociedad van a representar en el próximo futuro profundas barreras para la finalidad de una sociedad sostenible.

Aun así, estas contradicciones podrían ser superadas o por lo menos afrontadas si hubiese voluntad de afrontarlas. Esto es lo que realmente me parece insostenible. De hecho, se están obviando estas contradicciones, ya que no se ve ningún atisbo de voluntad política ni de capacidad técnica para querer superarlas.

La misma ciudadanía (o si se prefiere utilizar el término ambiguo de *sociedad civil*, confundiendo la ciudadanía con las organizaciones no gubernamentales o con el voluntariado) aparece inerte e incapaz de enfrentarse a ellos y reivindicar determinadas actuaciones de la Administración, sea local, autonómica o estatal. La sociedad civil o ciudadanía aparece fuertemente disgregada y corporativizada en gremios y/o localismos corporativos o territoriales, e incapaz de plantear cuestiones de interés general o finalidades comunes que aglutinen diferentes necesidades y aspiraciones.

Las comunidades locales —todos al fin y al cabo formamos parte de una comunidad territorial donde tendríamos que plantearnos colectivamente el tema de la sostenibilidad— no tienen organizaciones sociales representativas ni pueden contar con canales y estructuras que en épocas recientes habían servido para canalizar finalidades y proyectos comunes.

Los partidos políticos siguen atrincherados en una dinámica de aparatos, sin una vinculación y una relación democrática con sus votantes, afiliados o simples ciudadanos. Para muchos ciudadanos la política tiene hoy connotaciones negativas.

Los sindicatos no están en estos territorios y sólo están en los gremios, en los centros industriales que quedan y en el funcionariado.

Las asociaciones de vecinos han perdido el rumbo desvaneciéndose en la gestión (privada) de proyectos subvencionados por la Administración, y han perdido toda o gran parte su representatividad sin que hayan nacido organizaciones alternativas, ya que la Administración privilegia las ONGs o el voluntariado. Sobra decir que ninguna de las dos fórmulas, tan en auge en estos momentos, puede sustituir la ciudadanía organizada, consciente y partícipe.

Aquí nos encontramos con el último elemento de la insostenibilidad social. Sin organizaciones sociales representativas y participativas, abiertas y flexibles, integradoras de diferentes necesidades, aspiraciones y planteamientos de futu-

ro, no hay posibilidad de superar la actual dicotomización social y el gremialismo localista que caracteriza sociológicamente las actuales dinámicas sociales.

Sin esto, no creo que pueda plantearse seriamente la sostenibilidad ambiental.

Es por ello que el tema de la sostenibilidad entendida globalmente en todos sus diferentes aspectos se ha de trabajar también *desde abajo*, desde las comunidades territoriales, contando con la voluntad política de las administraciones que realmente quieran avanzar en este camino integrando las aportaciones de los hoy numerosos recursos técnicos y científicos con los que potencialmente tendríamos que contar.

Se trata de poner en marcha procesos con perspectiva a medio y largo plazo, no programas, iniciativas puntuales o campañas publicitarias. A estos procesos —de los que hay importantes experiencias en diferentes zonas de España— los llamamos proyectos o planes de desarrollo social y comunitario y, en lo fundamental, más allá de los diferentes itinerarios seguidos por cada uno de ellos, persiguen una toma de conciencia de la realidad de cada comunidad para emprender un camino de modificación, cambio y mejoras que hagan de esa comunidad una realidad sostenible bajo todos los puntos de vista.

Todo esto requiere un trabajo en las comunidades territoriales que fomente y estimule la participación de las personas, grupos y asociaciones que comparten el mismo espacio territorial, es decir, una comunidad.

Una colectividad que se auto organice para enfrentarse a su realidad dentro del contexto global y general que la rodea, que quiera modificarla no sólo en función de los inevitables y legítimos intereses particulares, sino también en función de los intereses colectivos y generales.

Una comunidad que pueda contar realmente para su desarrollo sostenible y general con los recursos técnicos y científicos que de hecho existen, pero que están a la vez totalmente descoordinados entre sí, desconectados de las necesidades y perspectivas comunitarias.

Una comunidad que pueda realizar, con esa ayuda, su propio diagnóstico general y comunitario e individualizar prioridades y perspectivas de avance y de mejora para que los temas ambientales y de sostenibilidad no vayan desconexos de los que afectan diariamente a las condiciones de vida de la población.

Es decir, una comunidad integrada e integradora.

En el fondo, lo que se plantea aquí es la necesidad de promover y articular nuevas formas y nuevos contenidos de participación de la ciudadanía en todo lo que atañe a su vida. Ahora y en el futuro.

La participación nos parece el elemento que califica cualquier cambio real y sustancial de nuestras vidas por parte de las personas, grupos y ciudadanía en general. Sin participación, sin comunidades organizadas e integradoras que avancen hacia objetivos de progreso para todo el mundo es muy difícil, si no imposible, poder plantear cambios que sean a la vez estructurales y culturales; cambios que atañan a las personas y también a la colectividad, tanto a los comportamientos como a los valores.

Si no se actúa en este sentido, nos parece inevitable la dicotomía (o la bipolarización) de la que hablábamos anteriormente.

La perspectiva que planteamos -que, evidentemente, no es la única- es compleja y parte de la constatación de una situación y de un contexto negativos, pero no de algo que no se pueda modificar. Muy al contrario, quien escribe está totalmente convencido no sólo de la posibilidad, sino de la necesidad de poder cambiar lo que nos rodea. Muchas experiencias comunitarias así lo demuestran.